

sublimes y hostil al caos y a las transgresiones libertinas. De tal suerte, el emplazamiento del hombre y sus manifestaciones en el mundo reviste una nueva manera de ser y de estar a partir de la salvaguardia a ultranza de la integridad subjetiva del individuo enfocada al bienestar particular. A partir de ello es como la exacerbación sin culpa de las delicias del presente ha legitimado la búsqueda del placer y su consumo: el placer como consumo y el consumo como placer. En este acto, el primer objeto a ser consumido lo constituye el individuo mismo pues, de hecho, la cultura del bienestar no se concibe sin toda una parafernalia normativa, tecnoinformativa y aun científica que sirva como estímulo para el autocontrol. En la sociedad occidental contemporánea actúan dos tendencias antinómicas: una que excita los placeres inmediatos del tipo que éstos sean (de consumo, sexuales, intelectuales...) y otra que, en cambio, conduce a la administración gerencial «racional» del tiempo, del cuerpo, del esfuerzo y del producto de ese esfuerzo en aras de una obsesiva excelencia cualitativa e higiénica en todos los sentidos posibles. En este último caso, dice Lipovetsky, el hedonismo se asocia a la información multiservicio, *à l'autoproduction narcissique hygiénique et sportive, à l'organisation raisonnée et lyophilisé des plaisirs* (pp. 57-58).

Este es el marco donde se encuadran las manifestaciones contemporáneas de la vida occidental. La vida sexual que, liberada en los años sesentas y setentas, a mediados de los noventas se asume «liberal»; la desesperada búsqueda de una moral individual que permite sin conflicto la elección de la propia muerte tanto como el fundamentalismo en la lucha contra el tabaquismo o conciliación entre disciplina laboral y flexibilidad eficiente; la virtud posterior al altruismo que ahora se da el lujo de ejercer en la forma de una beneficencia espectacular, merced a los media y sus epígonos y, ¿por qué no?, la maternidad comercial.

Al desorden amoroso ha seguido el hartazgo orgasmólata y hoy, en los tiempos del pavor viral, se vive una sexualidad administrada y a distancia; la disciplina de los sentidos ha entrado en escena junto con la abolición de la aventura, la repetición y la compatibilidad libidinal en favor de la restitución de la higiene vital y la idealización amorosa. Esta nueva castidad poco tiene que ver con el sentido represor del antiguo orden erótico,

simplemente porque carece de cualquier significación cercana a la virtud. El *ethos* que la guía es el del egoísmo defensivo de una época y una sociedad en la que el otro es más una amenaza que un poder de atracción. La nueva sexualidad occidental es fundamentalmente una muestra patente del proceso de disolución de lo social y, en consecuencia, de la autoabsorción individualista en la forma de una pulcritud absoluta que hace difícil ubicar el lugar que hoy en día pueda ocupar un concepto como el de «compromiso» en la relación de pareja, llegando la cosa al punto de que el celibato aparezca como una opción preferible al riesgo de cualquier desequilibrio afectivo que pueda repercutir en la administración de una vida cotidiana totalmente bajo control. La cultura de la obligación moral ha dado paso a la cultura de la gestión integral de sí mismo; el deber hacia uno mismo se han convertido en una gama de derechos subjetivos y los imperativos de la virtud en meros «consejos técnicos» para el bienestar. En este mismo tenor se ubica el derecho a una muerte conveniente. Esta idea que aún se encuentra sacudiendo las conciencias legales, es perfectamente compatible con una sociedad devota del placer que encuentra del todo intolerable el sufrimiento físico. El aval colectivo en favor de la eutanasia ilustra también el modo en que los derechos subjetivos encuentran su materialización concreta. Antes la vida era un deber del individuo ante la sociedad y ello bastaba para dar dignidad moral a la aceptación del dolor. Hoy, la agonía se ha vuelto algo inhumano y el deber del médico está en proceso de tránsito inverso: ya no alargar la vida del paciente, sino abreviar su sufrimiento.

El pavor al sufrimiento adquiere una manifestación peculiar combinada al consumo y el espectáculo, las otras dos constantes de la sociedad occidental contemporánea. Como resulta lógico, es imposible esperar que el altruismo continúe manteniendo su vigencia como principio de vida. Por el contrario, ha sido destituido en la medida en que el egocentrismo ha sido redimido del sentido de culpa que acarreó durante siglos. Sin embargo, hay que decir que el individualismo contemporáneo no es contrario al ideal de la beneficencia. En la actualidad sigue siendo un acto de nobleza ayudar a los demás, pero siempre que ello no signifique tener que dar demasiado de nosotros. En nuestros días son per-

fectamente reconciliables espectáculo y caridad. Es más, hoy la caridad funciona como una nueva modalidad del consumo de las masas. Dice el autor: *La télé-charité ne crée pas de fausse conscience, elle légitime et stimule une conscience éthique de 'troisième type', légère et ponctuelle, temporaire et indolore* (pp. 140-141).

Es indudable que el tono entusiasta del profesor Lipovestky a lo largo de su interesantísimo ensayo es justificado, toda vez que permite vislumbrar nuevas formas de convivencia donde el tiempo es restituido al individuo, así como la posibilidad de conferir a su cuerpo, su vida y su muerte un sentido estrictamente personal. No obstante, permanece la inquietud en cuanto al grado de enajenación implícito en el manejo social de esa misma posibilidad. Hasta el momento, la situación se encuentra en un estadio de gestación social, pero la velocidad en que las cosas se desarrollan en breve hará de esta nueva visión ética de la vida, una moral de Estado. Esto ya ocurre y la tendencia lógica es a fortalecerse, tanto en el interior como en el exterior de sus dominios. Idealmente, el Estado que se busca es uno caracterizado por su labor de gestión más que de conducción. Pero la verdadera amenaza, dice Lipovestky, no se encuentra en la «infantilización» del ciudadano, sino, paradójicamente, en la doble moral social. El caso de los Estados Unidos es ilustrativo. En una sociedad entregada al paroxismo higienista (para muestra un botón: el antitabaquismo), 37 millones de personas —de las cuales 12 millones son niños— no tienen acceso alguno a ningún sistema de salud. Otro dato: en la misma sociedad, las cifras de vacunación son 40% inferiores a las de los otros países industrializados; desempleados y marginados suman 30 millones de personas; 1 de cada 5 niños vive por debajo del nivel de pobreza absoluta; hacia fines de la década de los ochenta, 25 millones consumían regularmente algún tipo de droga y medio millón de ellos se declaraban consumidores regulares de heroína y seis millones de cocaína. El reverso de la sociedad higienista-narcisista es la pauperización, el abandono de los programas sociales.

Lo novedoso de la situación contemporánea estriba en que, para avanzar hacia la formación y consolidación de un individualismo responsable, no se tiene ningún modelo de conjunto que sea creíble. Una vez agotada la confianza en la escatología histórica, la reverencia por el

Estado y la fe en el deber sublime, la ética entra en *état de grâce*. De allí que entre los múltiples retos inmediatos destaque el de no confundir ética y eticismo. La ilusión ideológica, advierte Lipovestky, se encarna actualmente en el eticismo, éste constituye la nueva manifestación de la «falsa conciencia»: miseria de la ética convertida en operación cosmética en vez de un instrumento capaz de corregir los vicios y excesos del universo tecnocientífico en vigor. Hoy en día se aplaude el envío de ayuda internacional y proliferan los comités de notables que exportan solidaridad a cualquier parte del planeta. La tarea es loable, no obstante en poco contribuye a dar solución definitiva a los problemas de la miseria y la falta de desarrollo que en sí mismos revisten efectos genocidas. Si bien la nueva construcción ética pugna por establecer los límites necesarios para nuestro tiempo, no podemos pasar por alto el riesgo que supone la tentación de convertir la ética en panacea. La explosión de los derechos individuales no representa más que una de las caras de la ideología a finales del siglo XX.

El reto social del Occidente contemporáneo es hacer coherente el discurso posmoralista con una realidad de escasa moralidad. En términos intraoccidentales, la situación descrita que se vive en los Estados Unidos es de suyo ilustrativa. Ahora bien, para ejemplificar lo que ocurre afuera de la metrópolis occidental, la lucha anti-narcóticos nos parece paradigmática. En el interior metropolitano la realidad del consumo masivo de enervantes se debate entre las políticas de despenalización del consumo y la visión maniquea de la lucha contra la droga como un combate entre el bien y el mal. En el exterior de esas sociedades, no hay más que de una sopa: el combate a la producción, sea cual fuere el curso que esté o estuviere tomando el conflicto táctico antes enunciado y sin importar los costos económicos, sociales, y muchísimo menos humanos y culturales que deban enfrentar las sociedades que, como las latinoamericanas, les resultan periféricas.

En el ámbito de las relaciones internacionales, pocos y a regañadientes, han sabido otorgar a la cultura la importancia que merece. Resulta evidente que la tan llevada y traída transformación global en curso es también en su parte fundamental una mutación cultural que opera con particular significación en la civilización (para usar un término especialmente caro al profesor Huntington)

dominante por excelencia: Occidente. Nuestra diplomacia aún no parece muy dispuesta a considerar la cultura más allá de su utilidad ornamental —acaso porque la cultura en América Latina tampoco merece todavía una clara delimitación capaz de establecer sin confusiones política educativa, política cultural y política de difusión de los productos culturales—. Es una realidad que las transformaciones económicas y tecnológicas se suceden en avalancha; lo que todavía no parece muy claro a las dirigencias latinoamericanas es que la cultura es parte integrante de esa misma avalancha y quien lo dude no tiene sino asomar la nariz a las páginas del último libro de Gilles Lipovetsky, *Le crépuscule du devoir. L'éthique indolore des nouveaux temps démocratiques*, París, Gallimard, 1994.

**Andrés Ordóñez**

## Nuevas investigaciones sobre el teatro clásico español

Ninguna etapa de nuestra literatura ha presenciado tan vigorosos avances en el campo de la investigación cómo la correspondiente al teatro español del Siglo de Oro. A las indagaciones filológicas clásicas han venido a

sumarse estos últimos años numerosos estudios sobre arquitectura teatral, escenificación y crítica textual, una de cuyas muestras más recientes es el libro de José Romera, *Frutos del mejor árbol. Estudios sobre teatro español del Siglo de Oro*<sup>1</sup>. Cinco son los núcleos fundamentales que vertebran esta obra, en la que se analizan desde la pervivencia de tradiciones teatrales del medioevo hasta la presencia de textos clásicos en los escenarios de hoy, pasando por el estudio de la realidad iberoamericana en varios entremeses y una exégesis detallada y profunda de obras muy representativas de Calderón.

En el primer apartado se nos ofrecen varios documentos, extraídos de las Constituciones Sinodales del año 1572 del Arzobispado de Granada, valiosísimos para conocer aspectos muy importantes sobre el teatro y la literatura de la época. Tales textos vienen a ratificar, con argumentos nuevos, lo ya defendido por Donovan<sup>2</sup>, Lázaro Carreter<sup>3</sup>, y López Morales<sup>4</sup>, entre otros. Siguiendo las normas emanadas del concilio de Trento, se prohíbe en estas Constituciones las representaciones dramáticas dentro de las iglesias así como la participación de los clérigos en las mismas, aunque se trate de festividades de tanta tradición como la Navidad o el *Corpus*. En este catálogo de prohibiciones, a nosotros nos resulta de especial interés la que proscribía la lectura de ciertos textos literarios: «no les consientan (los maestros) leer ni estudiar en libros deshonestos, profanos, o de caballerías, que son en gran destrucción de sus costumbres»<sup>5</sup>. No faltan tampoco las referencias a editores y libreros como posibles difusores de semillas malignas.

En la segunda parte de este primer núcleo temático se aportan inestimables testimonios sobre el teatro religioso medieval y su pervivencia en algunos lugares de la Península. Se nos pone una vez más de manifiesto que las celebraciones navideñas —y en concreto

<sup>1</sup> Romera Castillo, J., *Frutos del mejor árbol. Estudios sobre teatro español del Siglo de Oro*, Madrid, UNED, 1993.

<sup>2</sup> Donovan, R.B., *The Liturgical Drama in Medieval Spain*, Toronto, Pontifical Institute of Mediaeval Studies, 1958.

<sup>3</sup> Lázaro Carreter, F., *Teatro medieval*, Madrid, Castalia, 1965.

<sup>4</sup> López Morales, H., *Tradición y creación en los orígenes del teatro castellano*, Madrid, Ediciones Alcalá, 1968.

<sup>5</sup> Apud José Romera, o. cit., p. 16.